

# Crónica Literaria

"Sol de la India", poemas, por Julio

Barrenechea (Nueva Delhi, 1969).

No parece que fuera el sol de la India el indicado precisamente para nutrir con sus excesos la poesía de Barrenechea, señalada entre todas por la gracia fina, la medida justa y un acento penetrante en que ha tenido notas sin par.

Pero la diplomacia no discrimina y, en vez de enviarlo a Atenas o a París, lo llevó como embajador a la tierra donde toda desproporción prospera y que prolonga el caos hasta las esferas invisibles, confundiendo y entremezclando sus terrenos.

Con maestría sale, sin embargo, airoso del duro trance y obtiene del mismo contraste entre aquella atmósfera y su temperamento personal líneas de un relieve que otro tal vez no hubiera conseguido.

La India inmensa no lo ahoga. La ve y nos la hace ver en pocos rasgos, sin disolverse, sin derretirse, conservando el mirar límpido en la pupila estupefacta.

He aquí este sugestivo croquis y su drama fundamental adentro;

Tendidos en hileras los  
dormidos  
ocupan largos trechos en ace-  
ras.

Envueltos en sus mantos, como sacos de sueño, duermen profundamente, al parecer tranquilos, desde la hora temprana.

Están, naturalmente, por las  
calles,  
como los árboles, como las  
ventanas.

Yo estoy en un hotel de lujo, entre grandes cortinas de altas y verdes sedas y cortados cristales, con la luz encendida en mi desvelo, rodeado de fantasmas, ahuyentando mi sueño.

¡Ah! los que están afuera, los que profundos duermen en las largas hileras.

Ellos no tienen casas, ellos no tienen hogar, y mucho menos cortinajes ni lámparas.

Ellos no tienen nada, pero son dueños de la calle.

Ellos no tienen camas, pero son dueños de su sueño.

No requiere más la definición de Oriente y Occidente. De aquel lado, la paz, el esperar inerte, la inmovilidad en la fantasía, reposando en sus "sacos de sueño"; del otro, desvelo intranquilo, acción paralizada, el lujo de no dormir, las comodidades heridas de un mundo que sólo conoce el desacuerdo, perfecto en los detalles, desesperado en su ciego avanzar.

Bordean las estrofas el deslinde prosaico y apenas se mantienen por el ritmo, el cansado compás, imágenes de alas fatigadas, reacias al vuelo; pero una visión sobrecogedora despreñese envuelta en la pesadilla que llamamos realidad y de la cual los dormidos escapan libremente con bajar los párpados y tenderse en tierra para

India todo se puede creer. Le hablaron de la existencia de un ermitaño fabuloso que habitaba una cueva "donde las gentes van a especiales miradores a contemplar puestas de sol". Había detenido el tiempo, contaba cinco mil años. El también lo quiso conocer. ¿Quién no querrá ver un rostro inmemorial? "Subiendo el cerro, atravesando un oscuro túnel de tierra, llegué a la cueva y entré en ella sobrecogido y con cautela. Y en la caverna sólo había una soledad infinita. El hombre de cinco mil años no estaba para mí visita". Regresó de su excursión decepcionado. No se inmutaron por eso los vecinos, contestaban que, de seguro, el hombre de cinco mil años habría salido a caminar; con paciencia, si repetía la visita, alguna vez lo encontraría. El hombre de Occidente, medio ganado por la magia oriental, se abstiene de afirmaciones graves y deja entreabierto una esperanza.

Era el que estaba y que no  
estaba

el que veía y no veía, tal vez era el que me miraba con unos ojos sin pupilas.

Yo que sentí tan natural este suceso tan extraño, creeré siempre que he de hallar al hombre de cinco mil años.

La India es así. No conviene aplicar al sol que la ilumina nuestro criterio positivo. Sería cometer un grueso error. Julio Barrenechea lo presiente y los umbrales de la magia lo dejan vacilante; él también ha soñado, sufrido y visto cosas que se le van deshaciendo entre las manos; amores y dolores, derrotas, y momentos victoriosos pasaron "como las sombras, como las nubes", abandonándolo al cabo solo, entre fantasmas terribles o tiernos, irremediablemente dentro de sí mismo, sin saber si ha vivido o continúa soñando.

Los admiradores de su obra, pretérita y admirable, perfecta en sí y relativamente imperecedera, reconocerán que ha salido bien de la "prueba del fuego" a que lo ha sometido, por imperativo diplomático, el "Sol de la India", acaso de todos los soles terrestres el más contrario que se puede a su temperamento.

H D.A.